

XII

LA CUESTIÓN DE LOS SANTOS LUGARES

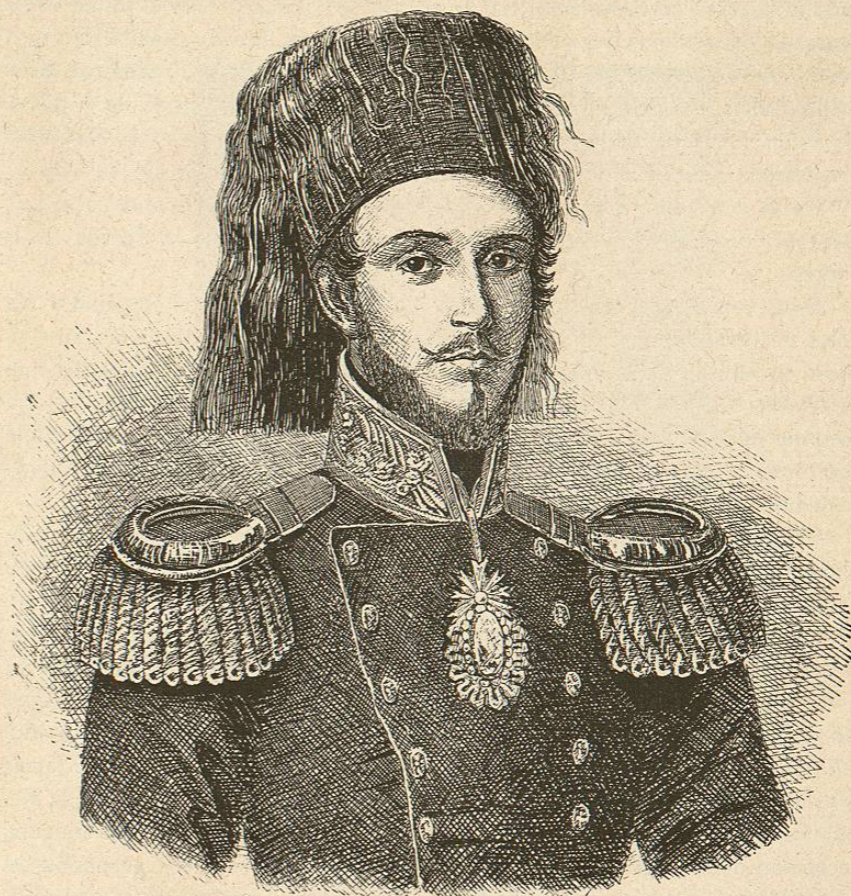
A principios de 1853, la larga y laboriosa negociación entablada en Constantinopla respecto al asunto de los Santos Lugares no preocupaba sino á un reducido número de personas, y el público, muy poco al corriente de una cuestión que parecía relegada al recinto discreto de las cancillerías ó al silencio de los claustros de Jerusalén, no imaginaba que un litigio, cuyo carácter parecía depender de la teología más aún que de la política, pudiese turbar jamás la paz europea. Si se quiere conocer en detalle este asunto, causa primera de la guerra de Crimea, es preciso leer la notable obra de Luis Thouvenel *Nicolás I y Napoleón III*. El autor encontró entre los papeles de su ilustre padre documentos que son un resumen completo de la cuestión de los Santos Lugares.

Las capitulaciones concluidas en diversas épocas, desde Francisco I, y particularmente en 1740, entre Francia y Turquía, consignaban que los religiosos latinos conservarían en Jerusalén los santuarios que poseían desde tiempo inmemorial; pero á causa de las usurpaciones de los griegos y de los armenios, sostenidos por Rusia, habían perdido el usufructo de varios de aquéllos.

En 1850, cuando el príncipe Luis Napoleón ordenó al general Aupick, ministro de Francia en Constantinopla, que recordase al sultán Abdul-Medjid la imprescriptibilidad de los antiguos privilegios de los latinos en Jerusalén, no pudo sospechar ni las consecuencias que semejante reivindicación llevaría consigo, ni el empeño del emperador Nicolás en defender á los griegos contra los latinos. Se olvidaba que la opinión pública en Rusia era nula desde el punto de vista político, pero muy poderosa en materia de religión; que el tsar, considerándose como una especie de pontífice coronado, miraba á todos los ortodoxos del Imperio otomano como sus protegidos y fieles, y que conservar el prestigio á sus ojos era el primer objetivo de su ambición.

El asunto de los Santos Lugares tenía, pues, para él una importancia extraordinaria, porque veía en esto la piedra de toque de su influencia en Oriente. Los monjes no eran más que los comparsas de este drama religioso; el personaje principal era el mismo tsar.

El 8 de febrero de 1852, el sultán Abdul-Medjid había expedido un firmán que era una especie de transacción entre las pretensiones de Francia y de Rusia. Se decía en aquel documento que como la gran cúpula de la iglesia del Santo Se-



El sultán Abdul-Medjid, según una litografía de F. Jeuzen,
copia del cuadro de J. H. Kretschmer

pulcro en Jerusalén pertenecía á todo el templo, las reclamaciones exclusivas de los latinos, así por la cúpula grande como por la pequeña y respecto al lugar del descendimiento de la cruz del Gólgota, á las arcadas de la Virgen, á la gran iglesia de Belén y á la gruta del nacimiento de Cristo, no eran justas, por lo cual se dejarían las cosas en el estado en que se hallaban. Pero el sultán había otorgado á los latinos tres ventajas que la diplomacia francesa trataba de representar como importantes triunfos: 1.º Consentía en restituir al patriarca latino de Jerusalén, delegado de la Santa Sede, la llave de la gran puerta de la iglesia de Belén; 2.º Había dado orden de volver á colocar en la gruta de la Natividad una estrella adornada de una inscripción latina, que desapareció en 1847; y 3.º Había concedido á la comisión católica el derecho de celebrar su culto, juntamente con todos los demás ritos, en la iglesia llamada de la Tumba de la Virgen.

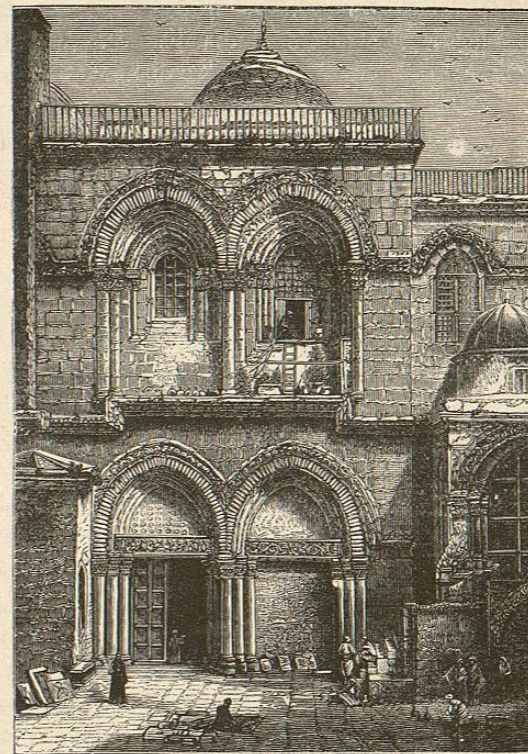
Estas concesiones eran en realidad muy poca cosa; pero el emperador Nicolás no quiso admitirlas, y cuando se trató de ponerlas en ejecución, suscitáronse en Jerusalén una infinidad de dificultades y habladurías. A fines del mes de febrero de 1853, Napoleón III decía á M. Thouvenel: «No conozco los pormenores del asunto de los Santos Lugares; siento que se haya hecho tanto ruido sobre esto, y más aún que haya tomado tan exagerada importancia; pero nada podemos devolver de lo poco que se ha obtenido.»

Sin embargo, la cuestión de los Santos Lugares no había alterado en modo alguno la benevolencia del tsar con el representante del emperador de los franceses; y el general de Castelbajac escribía á M. Thouvenel en 15 de febrero de 1853: «He dado un gran banquete, cena y baile, con motivo del casamiento de nuestro emperador. El canciller de Nesselrode, todos los ministros, toda la corte y todo el cuerpo diplomático han acudido presurosos, así como el gran duque heredero y sus tres hermanos, de la manera más amable. Esto ha producido un efecto tanto mejor cuanto que dichos príncipes no habían puesto jamás los pies en la legación de Francia, ni en tiempo de Luis Felipe ni en el de la República, así como tampoco habían asistido desde hace largo tiempo á ninguna recepción de las legaciones extranjeras, para las cuales se hacen generalmente muy pocos gastos en la corte de Rusia. En cuanto al emperador y la emperatriz, desde que sufrieron sus desgracias de familia y la pérdida de su juventud, no van ya á ninguna parte, y no he querido exponerme á la negativa que dan á todo el mundo; pero que, en las circunstancias actuales, hubiera podido ser mal interpretada por el público. Os ruego muy particularmente que me preciséis en qué medida debo intervenir en la cuestión de los Santos Lugares que es *forzoso* terminar.»

Quince días después, el general de Castelbajac dirigía á M. Drouyn de Lhuys un despacho que decía: «He recibido del emperador Nicolás las felicitaciones para nuestro soberano por su casamiento. Me ha dicho que tenía tres retratos de la emperatriz Eugenia, uno de ellos con traje de andaluza, y que acababa de

recibir un busto de S. M. por M. de Nieuverkerke, que le parece muy bien. En cuanto á los retratos, siento no tener otros mejores para ofrecérselos á la corte de Rusia, donde tan vivamente se ocupan de nuestra emperatriz.»

Citemos, por último, este curioso párrafo de una carta de M. Thouvenel al general de Castelbajac (1.º marzo 1853): «Os diré que á los rusos se les trata



La puerta de la iglesia del Santo Sepulcro

perfectamente en nuestra corte, y que nuestros hombres de Estado frecuentan de nuevo el salón de la princesa de Liéven. Se comienza á hablar, demasiado pronto tal vez, de las ventajas de una alianza con Rusia. Si en las futuras contingencias se creyese en efecto en San Petersburgo que esta alianza es posible, el momento no sería oportuno para que se indispusieran con nosotros por cuestión de una llave. La presencia de los grandes duques de Rusia en vuestro baile ha producido aquí el mejor efecto, y todo el mundo os atribuye el mérito de esta ventaja sensible en nuestras relaciones.»

Así en París como en San Petersburgo se deseaba muy sinceramente la conservación de la paz, tan necesaria para los dos emperadores como para sus pue-

blos. Nadie podía imaginar que por cuestiones sobre una llave, una lámpara, un pasillo y una claraboya en un santuario de Palestina pudieran venir á las manos y derramar torrentes de sangre dos naciones tales como Rusia y Francia, que tantos intereses comunes y tantas mutuas simpatías tienen. Semejante hipótesis parecía una quimera criminal á los hombres sensatos. Las dos capitales se entregaban libremente á los placeres de la estación mundana. El arreglo definitivo de la cuestión de los Santos Lugares parecía tocar á su término, y creíase en París que se allanarían fácilmente las dificultades de puro detalle que retardaban la solución; pero de improviso las cosas cambiaron bruscamente de aspecto. Una inesperada noticia retumbó como un trueno en un cielo sereno. El príncipe Menchikoff acababa de llegar á Constantinopla en calidad de embajador extraordinario del tsar, y su misión tenía un carácter amenazador para la paz de Europa.

XIII

LA MISIÓN DEL PRINCIPE MENCHIKOFF

El 28 de febrero de 1853 reinaba mucha agitación en Constantinopla con motivo de haber desembarcado el príncipe Menchikoff; y jamás entrada alguna de embajador se había preparado con semejante aparato escénico. Hubiérase dicho que se trataba del regreso triunfal de un general victorioso. Los cristianos han acudido en tropel para saludar al vengador de la fe ortodoxa, y griegos y armenios rivalizan por su entusiasmo. Apenas aparece en el Bósforo el barco que conduce al enviado del emperador Nicolás, se oyen resonar frenéticas aclamaciones. El príncipe lleva consigo todo un estado mayor de generales, de oficiales y de funcionarios rusos, entre los cuales figuran el príncipe Galitzín, el vicealmirante Khomiloff, ayudante de campo del tsar, el general Nikapotchinski y el conde Dimitri Nesselrode, hijo del canciller. Es uno de los más grandes personajes del Imperio. Almirante, ministro de Marina y gobernador de Finlandia, ha sido colmado de honores por su soberano, de quien es el hombre de confianza, el amigo y confidente. Antes de ir á Constantinopla había pasado revista, cerca de Odessa, á las tropas que iban á reforzar el ejército reunido ya en Besarabia, y visitado la flota del mar Negro en la rada de Sebastopol. Apenas llegado á la capital turca, manda salir, ostensiblemente para Atenas, al vicealmirante Khomiloff, uno de los héroes de Navarino, para conferenciar con el rey de Grecia, Otón I, y la esposa de este príncipe, la reina Amelia, que creyéndose destinada á ser emperatriz de Oriente, dice á su corte que se instalará en las orillas del Bósforo, en el palacio Bechik-Tasch, apenas Constantinopla sea la sede del nuevo imperio griego.

La Puerta espera con ansiedad, deseosa de saber qué viene á decirle el temible y misterioso embajador, que es recibido por el sultán Abdul-Medjid el 10 de marzo. Con asombro general se presenta en el palacio del jefe de los creyentes, no de uniforme, según la costumbre, sino vestido de paisano y con levita, y cada cual se pregunta si el arrogante diplomático llevará en los pliegues de ésta la paz ó la guerra. El escándalo parece haber llegado á su colmo, y sin embargo, no hace más que comenzar. Después de la audiencia del sultán, el embajador del tsar debe hacer inmediatamente, según la etiqueta, una visita al ministerio de Negocios extranjeros, y el ministro, Fuad-Effendi, le espera á la puerta de un salón ricamente decorado para el caso; pero el príncipe pasa por

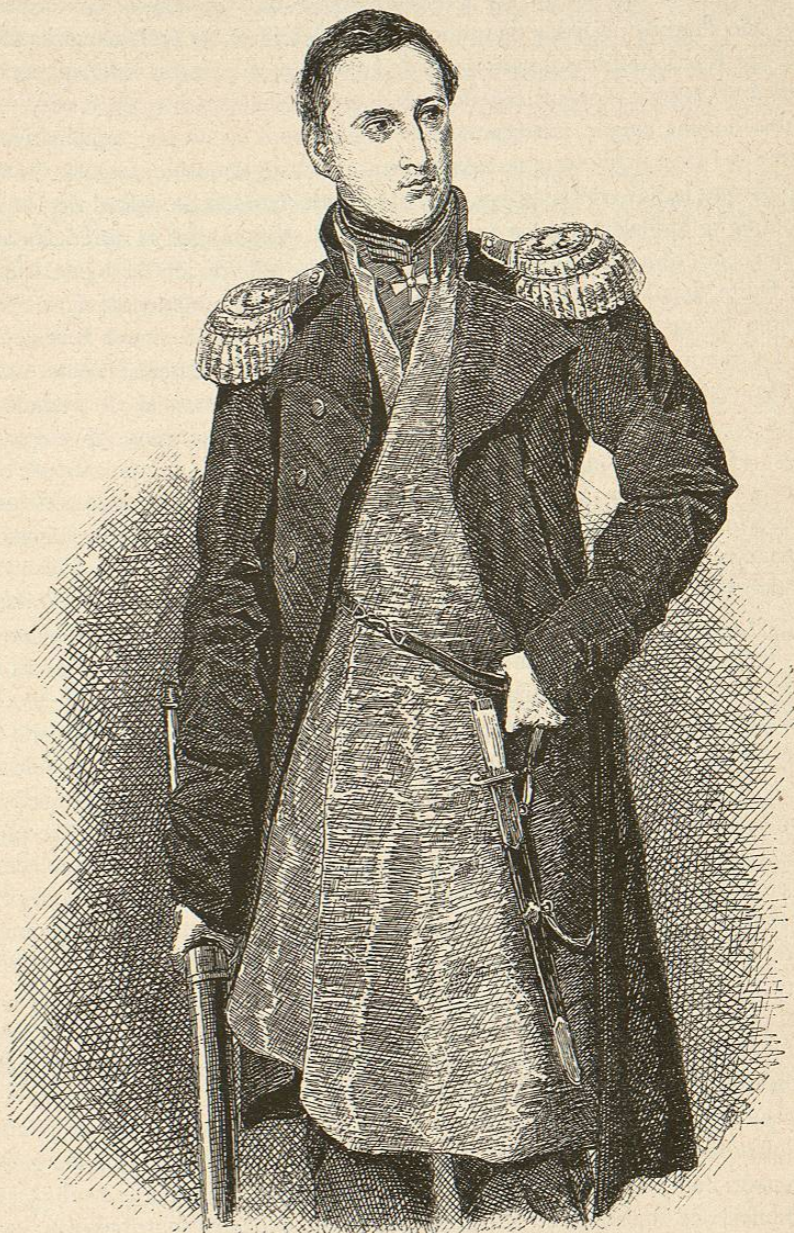
delante de él, y en vez de entrar, continúa desdeñosamente su camino. Al día siguiente comunica al gran visir que si no ha visitado al ministro de Negocios extranjeros no fué su ánimo ofender al gobierno turco; pero que no creyó posible tratar con un *ministro falaz*. Jamás las reglas de la etiqueta y las conveniencias diplomáticas habían sufrido tan rudo ataque. Fuad presenta su dimisión; Abdul-Medjid, intimidado, la acepta, y nombra en su lugar á Refaat-Bajá, *recomendado á S. A. por el emperador Nicolás*.

¿Quiere el soberano ruso llevar las cosas hasta el último extremo? ¿Debe conducir á la guerra la misión del príncipe Menchikoff? El general de Castelbajac no lo piensa así, pues desde San Petersburgo escribe á M. Drouyn de Lhuys, en 14 de marzo de 1853: «Creo que el objeto principal del emperador Nicolás, para satisfacer su espíritu religioso y político, y más particularmente el fanatismo de sus pueblos, con el cual debe contar, se reduce á recobrar su ascendiente en Turquía. El acto que el príncipe Menchikoff debe ejercer es puramente moral. Los armamentos no se han hecho sino para que sirvan de apoyo á este acto, así como también para responder á los de Austria y no dejarla enteramente á los ojos de los ortodoxos griegos el honor de hacer una protesta enérgica.» (Poco tiempo antes, el conde de Leiningen, embajador extraordinario de Austria, había conseguido, gracias á un ultimátum amenazador, que el sultán llamase á las tropas que bloqueaban el Montenegro.)

A pesar de su optimismo, el general de Castelbajac comprendía muy bien que la paz de Europa no estaba nada segura. «Sin embargo, añadía en el mismo despacho, el emperador Nicolás está dispuesto á la lucha, y es preciso evitar impulsarle á ella á pesar suyo, pues hartó le inducen ya á la guerra su temor á la fragilidad del imperio turco, la ambición de sus jóvenes oficiales, mandados por su hijo Constantino, y el fanatismo patriótico y religioso de su pueblo y de su ejército.»

El general concluía con estas nobles y juiciosas palabras: «Disto mucho de ser del sistema de la paz á toda costa; más prefiero una paz que se pueda conservar, honrosa y útil, que una guerra que en las circunstancias políticas y sociales de Europa en este momento sería por lo menos una espantosa perturbación moral y material, si no condujese al triunfo de los bárbaros modernos. Con mucha reserva expreso estos temores á mi país; pero en voz muy alta mi opinión á San Petersburgo respecto al peligro de una guerra europea. En cuanto á la paz á toda costa, la dignidad nacional, el carácter firme, y la enérgica y pronta decisión que el emperador Napoleón III manifiesta en cada circunstancia importante, son tan bien conocidos de Francia y de Europa, que una medida pacífica le atraería, no la censura, sino el agradecimiento y aprobación de Francia y del extranjero.»

Sin embargo, la misión del príncipe Menchikoff, atendido su carácter vago aún é indeterminado, comenzaba á inspirar inquietudes á la diplomacia. El 16 de marzo, el príncipe había enviado á la Puerta su primera nota verbal, en la



El príncipe Menchikoff

cual recordaba, con motivo de la cuestión de los Santos Lugares, que hacía un año que Turquía no había dado ninguna satisfacción á las reclamaciones elevadas por Rusia contra el firmán del 8 de febrero de 1852 y las ventajas que confería á los latinos. Por una segunda nota verbal, fechada el 22 de marzo, reclamaba, no una simple rectificación del firmán, sino un arreglo diplomático en virtud del cual Rusia sería tratada en Jerusalén bajo el mismo pie que Francia. Exigía que la llave de la iglesia de Belén fuese retirada de manos de los latinos; que se excluyera á éstos de la Tumba de la Virgen; que se autorizara á los griegos para proceder solos y á sus expensas á la reedificación de la gran cúpula del Santo Sepulcro; y por último, que Turquía se comprometiera á no hacer cambio alguno en Jerusalén sin haberse entendido previamente con Rusia.

La tranquilidad de los parisienses respecto á los asuntos de Oriente estaba ya algo perturbada; los diarios expresaron algunos temores, y M. de Mazade escribía en la *Revista de ambos mundos* (Crónica de la quincena, 31 marzo de 1853): «De todos modos, es preciso que la atención pública se concentre en momentos dados en un punto, absorbiéndose en la expectativa de algunos de esos acontecimientos que predominan sobre los demás y resumen una situación. Cuando no se trata de una de esas sacudidas revolucionarias que hacen dudar del orden general de las sociedades, es uno de esos incidentes que vienen á poner á prueba la fragilidad de la paz y del equilibrio occidental. Un correo que llega con un mensaje imprevisto hará oscilar la Bolsa, ese termómetro de las emociones, de las esperanzas, de las inquietudes y con frecuencia de las credulidades de la opinión. ¿Cuál es la preocupación única bajo cuyo imperio ha vivido todo el mundo en Europa desde hace algunos días? Se comprende ya que es la cuestión de Oriente y el nuevo carácter que ha tomado, al parecer, de improviso por la misión del príncipe Menchikoff en Constantinopla. Ese punto negro que en estos últimos tiempos no podíamos ver elevarse hasta el horizonte se ha transformado de pronto en una nube casi amenazadora. Todas las mañanas se esperaban las noticias con ansiedad. ¿Cuál era el secreto de aquella misión extraordinaria? Bajo una forma ú otra, ¿no iría el príncipe Menchikoff á pronunciar la palabra suprema sobre la supresión del Imperio otomano.»

La situación se agravó más aún por el regreso á Constantinopla del embajador de Inglaterra, lord Stratford de Redcliffe (4 abril 1853). Acostumbrado hacía doce años á dominar en las orillas del Bósforo, donde elegía y cambiaba á su antojo los grandes visires y los ministros, este altanero y vengativo diplomático, que afectaba los modales de los procónsules de la antigua Roma, no había perdonado nunca al emperador Nicolás el haber rehusado aceptarle, en 1833, como ministro de Inglaterra en San Petersburgo. Sus rencores contribuyeron á excitarle contra Rusia, haciendo de él uno de los principales autores de la guerra de Oriente.

En cuanto á Francia, aún conservaba las disposiciones más conciliadoras. En vez de enviar de nuevo á Constantinopla al marqués de La Valette, que ha-

bía obtenido el firmán del 8 de febrero de 1852, objeto de tantas recriminaciones y enojos, nombró en su lugar otro embajador, M. de Lacour, que no había intervenido en las negociaciones precedentes y que llegó á Constantinopla el 5 de abril de 1853, portador de las instrucciones más moderadas y más sinceramente pacíficas.

Muy pronto la cuestión de los Santos Lugares quedó relegada al segundo término, por haber consentido la Puerta en la restauración de la iglesia del Santo Sepulcro bajo su forma actual, y en la erección de un templo y de un hospital rusos en Jerusalén, en vista de lo cual el príncipe Menchikoff no se opuso ya á las ventajas, por lo demás secundarias, que Francia había obtenido para los latinos por el firmán del 8 de febrero de 1852. Pero el príncipe presentó después una reclamación muy importante por otro estilo, pidiendo la conclusión de un tratado que pusiera bajo la garantía de Rusia los derechos é inmunidades de la Iglesia y del rito griegos. En el fondo lo que el tsar quería era la *protección oficial* de Rusia sobre todos sus correligionarios del Imperio otomano, con las consecuencias de jurisdicción civil y administrativa que, según la interpretación rusa de las antiguas concesiones de los sultanes, constituían la herencia del poder ejercido por los patriarcas griegos sobre los fieles de su comunión. El 17 de mayo, los antiguos grandes visires, los bajás y los ulemas, convocados en Constantinopla en reunión extraordinaria, rechazaron por unanimidad semejante pretensión.

Desde el 4 de mayo, el príncipe Menchikoff había salido de Pera, retirándose á bordo de la fragata rusa *Besarabia*, anclada frente á Budjukdéré, punto situado en el alto Bósforo, cerca del mar Negro. Al día siguiente se presentó sin audiencia en el palacio del sultán, cuya madre acababa de morir, y le dijo: «Suplico á V. M. que reflexione maduramente sobre las consecuencias que puede tener una resistencia prolongada á los deseos del emperador Nicolás.» Al ver que á pesar de su energía no le era dado obtener nada, el fogoso embajador salió de Budjukdéré en la fragata *Fulminante*, en la noche del 21 al 22 de mayo de 1853, y con el corazón lleno de rencor entró en el mar Negro. Su actitud había sido amenazadora; pero no se creía aún que pudiera seguirse de aquí la guerra, y Napoleón III no había renunciado en modo alguno á la esperanza de mantener la paz en Oriente cuando fué á residir en el palacio de Saint-Cloud el 25 de mayo.